

ANTROPOLOGÍA DEL TERRITORIO

- Introducción-



Banco de información
Grupo de Investigación
Antropos
Universidad del Cauca

GARCIA, José Luís (1976) Antropología del Territorio.
Taller de Ediciones Josefina Betancor. Madrid. Pag: 13-
21

<http://www.antropologiamedica.com/content/view/89/71/>

INTRODUCCION

Uno de los problemas fundamentales en el estudio de cualquier relación sociocultural y, al mismo tiempo, de los más desatendidos en su verdadera significación antropológica, es el de la territorialidad. Su trascendencia radica en que el territorio es el sustrato espacial necesario de toda relación humana, y su problemática estriba en que el hombre nunca accede a ese sustrato directamente, sino a través de una elaboración significativa que en ningún caso está determinada por las supuestas condiciones físicas del territorio. Si como se ha escrito en más de una ocasión, entre el medio ambiente natural y la actividad humana hay siempre un término medio, una serie de objetivos y valores específicos, un cuerpo de conocimientos y creencias, en otras palabras, un patrón cultural **(1)**, resulta fácilmente comprensible el carácter antropológico de este problema. La reducción del territorio a una cuestión cartográfica es una simplificación altamente abstracta que no responde a las exigencias empíricas verificables del concepto de realidad humana.

El problema del territorio, planteado primero y de forma específica dentro de la Geografía Humana, ha incrementado su complejidad a medida que otras ciencias como la Ecología, la Etología, la Economía, la Psicología, la Sociología y finalmente la Antropología le han abierto sus puertas. En esta línea de atención, marcada por las citadas disciplinas, el territorio recorre un camino que le conduce desde la objetividad casi fotográfica de un «paisaje humano», hasta las complicadas estructuras mentales y significativas que le

sustentan y le hacen humano; pasa del mundo de las cosas al de los objetos y, rebelde al objetivo de las cámaras y a la cartografía, se recluye en el intrincado «mapa» del lenguaje y de los símbolos. Todas las ciencias que le habían prestado su atención son hoy conscientes de esta realidad y abogan por una colaboración interdisciplinaria, en la que sin duda debería jugar un papel de primer orden una supuesta antropología del territorio.

Poco, sin embargo, se ha escrito e investigado en este sentido dentro de la Antropología. Alusiones de paso, consideraciones etnográficas insuficientemente desarrolladas, algún trabajo de campo donde se interrelacionan territorialidad y cultura o forma de cultura. En esta línea cabe reseñar, como especialmente sugerentes y valiosas, las aportaciones de C. Lisón en torno al tratamiento cultural de límites en la comunidad gallega **(2)**.

E. T. Hall es sin duda el antropólogo que inició el estudio sistemático del tema. Incluso acuñó un término, creyendo quizá que su intento iba a suscitar una continuación investigadora, que desgraciadamente no fue muy abundante: «Para expresar las observaciones, interrelaciones y teorías referentes al uso que el hombre hace del espacio, como efecto de una elaboración especializada de la cultura a que pertenece, he acuñado el término de proxemística» **(3)**. Tanto en *La Dimensión Oculta* como en *el Lenguaje del Silencio* **(4)** se sitúa Hall en una perspectiva configuracionista directamente derivada de las teorías lingüísticas de Sapir y Whorf, y el territorio es considerado como un signo cuyo significado solamente es comprensible desde los códigos culturales en los que se inscribe. «Todo, virtualmente, lo que el hombre es y hace está relacionado estrechamente con la experiencia del espacio. La sensación humana del espacio, el sentido espacial del hombre, es una síntesis de muchas impresiones sensoriales: visuales, auditivas, cenestésicas, olfativas y térmicas. Cada una de ellas, además de venir constituida por un sistema complejo -como ocurre, por ejemplo, con la docena formas distintas de captar visualmente la profundidad-, viene moldeada por la cultura, a cuyos patrones responde. Por

tanto, no cabe otra alternativa que aceptar el hecho de que las personas criadas o educadas en el seno de culturas diferentes viven también en mundos sensoriales diversos» **(5)**

Las influencias de Hall -cuya aportación tendremos ocasión de valorar a lo largo de este trabajo -, al igual que las Chapple y algún otro pionero que tocaron el tema desde perspectivas no sistemáticamente territoriales, se orientaron más hacia la investigación de un aspecto determinado del uso social del espacio: el que está implicado en el lenguaje cuerpo. A esta nueva ciencia se le llamó kinesiología. Los estudios de Goffman, Mahl, Dittmann, Ekman y Birdwhistell, entre otros **(6)**, se ocupan de esta temática tan relacionada con las conclusiones de la lingüística estructural. Este trabajo pretende, sin embargo, abordar el tema del territorio en relación con la comunidad y no sólo con el cuerpo. Esta perspectiva ha sido más desatendida. En el Congreso 135 de la American Association for the Advancement Science, celebrado en Dallas entre el 29 y 31 de diciembre de 1968, donde se abordó el tema de la territorialidad en los animales y en el hombre, y en el que intervinieron 50 científicos de diversos países, la presencia de los antropólogos resultó insignificante ante el elevado número de etólogos, ecólogos y cultivadores de otras ramas de las ciencias naturales y humanas.

Y, sin embargo, creemos que la investigación antropológica del problema debería haber sido señalada con el sello de urgencia en nuestra cultura occidental. Mientras las sociedades llamadas primitivas, en la medida en que los contactos civilizadores de occidente se lo permiten, mantienen una relación más estable con su suelo, y los vínculos tradicionales, incluso en las culturas nómadas, tienden a perpetuar los límites simbólicos del territorio - situación por lo demás que difícilmente podrá perpetuar algunas décadas dado el trasiego humano constatable en este mundo sin fronteras- , la cultura occidental ha hecho, desde hace algunos años, profesión de desarraigo, y los movimientos y desplazamientos humanos han tejido un complicado sistema de comunicaciones entre los más diversos subgrupos

culturales: desde el "solar" familiar al oscilante territorio de las realizaciones personales, desde la nítida estructura de la forma agraria, donde la tierra está en contacto ineludible con el hombre, hasta el artificio industrial que la oculta y reduce, desde la utilización del espacio a la planificación del mismo.

Pero este movimiento humano no es simple. Arrastra consigo todo un trasfondo semántico, un haz de significantes sin referente, ávidos de reencontrar los significados abandonados en el origen del desplazamiento. Esfuerzo vano que nunca se verá coronado por el éxito. Más bien cederá y se desmoronará la estructura significativa del viajero, y su situación ante la tentativa de readaptación, será la causa de una regresión inevitable, que le colocará en un trance similar al que intuye Lévi-Strauss para los primeros tiempos del lenguaje: un fuerte desequilibrio entre lo captado y lo conocido, entre los significantes y los significados, entre la eficacia simbólica y la eficacia científica y, en fin, una vuelta a los términos flotantes, sin significado preciso, para denominar las grandes sombras cognoscitivas que el nuevo ambiente le proyecta.(7)

Las consecuencias de todo este proceso no serían tan nefastas si la situación fuese del todo paralela con la de los primeros tiempos. Pero nos encontramos ahora con unas circunstancias contradictorias. Lo que al inicio del lenguaje era un progreso, un logro inestimable, ahora es una regresión. Nuestro hombre se había movido ya en un medio natural distinto, por el camino de la adecuación cada vez mas estrecha, entre significante y significado. Esta convergencia se le desmorona no porque no haya llegado a ella, sino porque desaparece uno de los términos del conjunto. Por otra parte, se encuentra sumergido en un medio ambiente donde los individuos que lo rodean no se encuentran en su mismo estado, con lo que necesariamente se origina en él un problema secundario de marginación.

Como vemos, el estudio de la territorialidad puede tener una repercusión directa en cuestiones tan propias de nuestra cultura como la migración, tanto interna como externa, la dinámica de población, la reacción ideológica

de un conjunto cultural ante los impactos de los nuevos logros técnicos. Todas estas circunstancias apuntan a otras tantas variables de interrelación con el territorio. Como veremos más adelante, la densidad de población y la cantidad artificial de mediaciones entre un sistema preestablecido de relaciones y el medio son elementos que condicionan y reorganizan toda la semántica propia de una adaptación territorial concreta en un momento determinado.

Ha sido en el mundo animal donde la investigación territorial ha conquistado sus mejores conclusiones. Los estudios de Hediger, Leyhausen, y sobre todo de Carpenter **(8)**, han marcado una pauta de estudio nada despreciable. Partir de las conclusiones de estos etólogos y aplicarlas, sin más, al mundo humano, sería simplificar excesivamente el problema. Tanto más cuanto que las condiciones de investigación en la que estos eruditos trabajaron no siempre fueron las más idóneas para dar respuesta adecuada al tema que trataban. Es sabido que la observación territorial de los animales en libertad resulta sumamente difícil y que como mal menor los etólogos recurren con frecuencia al animal cautivo, aun cuando reconocen que el comportamiento territorial varía considerablemente en ambas circunstancias. Por otra parte, no sabemos, y difícilmente podremos llegar a conocer algún día, hasta qué punto las observaciones extraídas del comportamiento animal pueden ser aplicadas, aunque sea analógicamente, al hombre. Nos faltan datos objetivos sobre el significado real de la conducta animal, sobre todo si nos introducimos en el mundo motivacional, y naturalmente el antropólogo, que ha experimentado en sus estudios transculturales el grave peligro del etnocentrismo, difícilmente puede convencerse de que salvará el incógnito espacio que separa la especie animal de la humana sin sumergirse, a su vez, en el antropocentrismo más descarado. Esa es precisamente la sensación que producen los tratamientos que algunos estudiosos del mundo animal dan a sus descripciones, sensación de la que no se libran algunos investigadores tan cualificados como el premio Nobel de Medicina K. Lorenz. El lector más profano puede detectar lo que decimos hojeando simplemente la descripción que este autor nos hace del comportamiento de su oca

Martina **(9)**. Esta situación, por lo demás, no difiere mayormente de la que ya en épocas muy remotas impulsó a los hombres a forjarse una idea de los dioses, que todavía compartimos íntimamente en el siglo XX, y que sabiamente fue criticada por Jenófanes: «Si los bueyes, los caballos y los leones tuvieran manos y pudieran con ellas pintar y crear obras como los hombres, los caballos pintarían a los dioses con figura de caballo, los bueyes con figura de bueyes, prestándoles el cuerpo que ellos mismos tienen» **(10)**. Se trata en el fondo de un serio problema epistemológico que se evidencia de forma rotunda siempre que el hombre pretende abandonar el mundo de sus formalizaciones específicas para remontarse o descender a otros órdenes de vida.

Pero la Antropología nos ha enseñado a proceder con suma cautela en tales circunstancias. Nos Indica que no es necesario abandonar los límites de la especie humana para que el problema epistemológico al que aludimos aflore con escandalosa intensidad. Basta traspasar las fronteras de la propia cultura para verse privado de los sistemas semánticos indispensables que nos acerquen a otros grupos humanos. La primera Antropología no era tan rigurosa a la hora de considerar esta dificultad. Los Antropólogos británicos, por ejemplo, construyeron todo un mecanismo lógico para explicar la forma de cómo la primera humanidad iría descubriendo conceptos tan esenciales en nuestra civilización como alma, espíritu, dioses y todo el sistema religioso del civilizado. La teoría de Tylor sobre la falsa interpretación de los fenómenos del sueño y de la muerte, por parte del primitivo, es de sobra conocida. Como también lo es la crítica del Antropólogo de la misma nacionalidad, Evans-Pritchard, denunciando el paralogismo que esa forma de argumentar encierra; crítica, por lo demás, muy similar a la formulada por Jenófanes muchos siglos antes: Spencer, Tylor y sus seguidores argumentaban desde su cultura, como si ellos fueran primitivos. «Si yo fuera un primitivo llegaría de esta forma a la idea de alma y de espíritu», lo que equivaldría, en otro orden, a afirmar: «Si yo fuera un caballo haría lo que hacen los caballos, según tal o cual sentimiento que se supone poder

atribuir a los caballos **(11)**». La falacia del argumento estriba en que la condicional no se cumple.

No queremos con esto restar importancia a los estudios del comportamiento animal, sino simplemente prevenir sobre la Inadecuada aplicación de sus conclusiones al mundo humano. El hecho de que el hombre sea presentado hoy por la ciencia antropológica como un eslabón sucesivo dentro de la serie evolutiva animal, no quiere decir que no tuviesen lugar, dentro de la misma evolución, unos acontecimientos que hayan cristalizado en la aparición de un ser desconectado, en la problemática que nos ocupa, de sus antecesores. No obstante, los estudios sobre territorialidad animal y las conclusiones a las que se ha llegado, pueden servirnos, si no de referencia concreta para captar el significado de la cuestión aplicada al hombre, sí de estímulo para Iniciar la investigación antropológica correspondiente.

Dentro de las experiencias cotidianas salta a la vista que este intento tiene una base sólida de realización. Primero porque el mismo cuerpo humano requiere un contorno espacial, salvaguardado en todas las culturas, para su desarrollo y adecuación. No estaría fuera de lugar recabar el significado profundo a nivel espacial de la serie de orlas que según diferentes teorías, más bien orientales, rodean a la epidermis. Por otra parte, es un fenómeno altamente significativo, y que da pie, desde la base misma de la realidad humana es su distensión espacial, para comprender el distinto significado que, según criterios propios de semantización, es particular de grupos humanos específicos. Sabemos en efecto que existen culturas, cuya concepción del cuerpo propio, realidad espacial más inmediata, difiere notablemente de la que a través de la historia ha ido fraguando el hombre occidental. El cuerpo como energía, como campo de influencias eficaces más allá de sus límites físicamente constatables, es propio no sólo de culturas primitivas, sino también de épocas anteriores en la línea de desarrollo de nuestra civilización. Pensamos ahora en la descripción que Homero nos presenta de sus héroes, y de ese espacio influido e imanado de su cuerpo.

Pero más allá de la realidad somática, parece un dato incuestionable la manipulación «ideológica» que cada cultura hace no sólo de la casa, como unidad territorial menor, sino también del territorio acotado por la comunidad o el grupo. Creemos que existen en los datos que nos proporciona la Antropología modelos suficientes de concepción territorial en diversas culturas, que nos dan la base de estudio indispensable para abordar el problema sin necesidad de salirnos de los límites de las ciencias humanas. Prescindiremos de forma temática de las investigaciones de los etólogos sobre el tema, no porque las desvaloremos, sino porque, hoy por hoy, todavía no conocemos de forma científica su aplicación a la especie humana. Sería arriesgado enfrentarse a una problemática sirviéndose de otra más complicada, y que en cualquier caso podría ser objeto de un estudio Independiente.

Dos son las dificultades que se presentan a la hora de abordar esta investigación: una conceptual y otra metodológica. La primera de ellas nos obliga a precisar la noción de territorialidad. Afirmar que el territorio es el espacio dentro del cual tienen lugar las relaciones socioculturales de un grupo, puede conducir a numerosos equívocos. Por una parte, esta definición sugiere veladamente una identificación entre territorio y aldea, pueblo o centro de población en general. Pero la vida de una comunidad acontece con frecuencia más allá de los límites de estas entidades. Lo que equivale a decir que el concepto antropológico y político de territorio no tienen por qué coincidir. Recordemos ciertos tipos de nomadismo, las grandes expediciones cinegéticas de los pueblos cazadores, o las extrañas peregrinaciones de los indios Winnebago en busca de una visión de tipo espiritual que les garantice el tránsito a la vida adulta. No ignoramos que todas estas actividades transcurren, a menudo, por rutas más o menos fijas, y sobre las que los viandantes no dejan de tener algún derecho. Pero el criterio legal tampoco aclara mayormente la cuestión, desde el momento en que las relaciones socioculturales de un grupo invaden, con frecuencia, por medio de instituciones tales como la hospitalidad, el cautiverio, el comercio, la emigración, etc., todas ellas de signo legal muy diferente, el campo de

acción de otros grupos culturales. Además la concepción del territorio como espacio, puede llevarnos a una idea geográfica de la cuestión, si no se precisa adecuadamente lo que se entiende por espacio. Y este es precisamente el punto de donde parte la inquietud de esta investigación.

La segunda dificultad es metodológica. Resulta hasta cierto punto fácil armarse de paciencia y observar durante largas horas las pautas territoriales de animales en cautiverio; anotar sus idas y venidas, sus reiteraciones, y dibujar el mapa de sus hábitos territoriales. Se llegaría entonces a la conclusión de que el animal observado se mueve dentro de los límites de un espacio acotado o que determinados comportamientos animales, por ejemplo, el apareamiento en ciertas especies, están territorialmente pautados. Si se tratase de animales en libertad la paciencia requerida sería mayor, pero aun en algunas especies se podría llegar a conclusiones paralelas. En el caso del hombre este procedimiento no nos llevaría a descubrir mucho más de lo que ya sabemos. La Humanidad tiende a agruparse en núcleos que van desde la familia al estado, y en mayor o menor grado estas colectividades se asientan o se asignan espacios determinados. Sin duda la historia de las grandes migraciones de la Humanidad ha sido impulsada por la necesidad de esta posesión, referida no a un territorio concreto, sino a una tierra propicia. La afirmación de Rousseau en el Discurso sobre el Origen de la Desigualdad entre los Hombres de que el primero que acotó un espacio y dijo esta tierra es mía inventó la propiedad privada, debería matizarse, por lo que se refiere a la territorialidad, en el sentido de que descubrió la conciencia de la propiedad privada, individual o grupal. La propiedad territorial existía ya desde el momento en que el hombre, en épocas muy tempranas, utilizaba la defensa propia. Precisamente el hecho constatado de la incompatibilidad en la misma ubicación territorial de dos especies vivientes distintas, es un dato lo suficientemente importante como para explicar los elementales sentimientos de posesión territorial.

Poco, sin embargo, lograríamos saber de la territorialidad humana si nos limitásemos a cartografiar los movimientos de los individuos o de los grupos humanos. Si el territorio es susceptible de un estudio antropológico, y no meramente geográfico o ecológico, es precisamente porque existen indicios para creer en el carácter subjetivo del mismo, o dicho de otra manera, porque contamos con datos etnográficos suficientes para concluir que tal como anotábamos al comienzo de este estudio, entre el medio físico y el hombre se interpone siempre una idea, una concepción determinada. Nunca podríamos llegar a ella por el método de la observación escueta de la utilización del territorio. Es preciso interpretar esa utilización. Y las técnicas iniciales adecuadas para este fin no podrán ser otras que las empleadas en los demás campos de la investigación antropológica: las técnicas del trabajo de campo, desde la observación y la encuesta, hasta la interpretación y modelización de las constataciones.

Tras una primera parte en la que intentaremos aclarar tanto el problema conceptual como el metodológico, recurriremos a dos estudios muy concretos, basados precisamente en el contacto directo con las comunidades a las que se refieren. Hemos seleccionado los grupos de nuestro estudio según la diversidad aparente de sus territorios, con la finalidad de someter a prueba, mediante el contraste, ciertas hipótesis, que admitimos como significativas, y cuya validez dejamos condicionada a su verificación. Por otra parte, si logramos detectar indicios de semantización en el uso del espacio, podremos precisar hasta qué punto la mediatización ideológica del territorio es una noción cierta. Y con ello, esperamos, habremos colaborado en algún grado en la fundamentación empírica de algunos aspectos relativos a una Antropología del Territorio.

Notas:

(1) Cfr. C. D. Farde: *Habitat, Economía y Sociedad*. Oikos.Tau, Barcelona, 1966, pág. 482 s.

(2) Cfr. Bibliografía general.

(3) *La Dimensión Oculta, enfoque antropológico del uso del espacio* Instituto de Estudios de la Administración Local. Madrid 1973, pág. 15.

(4) *The Silent Language*. Doubleday and Company, Inc. Nueva York, 1959.

- (5) La Dimensión Oculta..., pág. 279.
- (6) Cfr. Bibliografía General.
- (7) Cfr. «Introduction a L'oeuvre de Marcel Mauss», en sociologie et Anthropologie P-U-F- Paris, 1968, pág. XLVII.
- (8) Ver bibliografía general
- (9) Cfr. Sobre la Agresión: el pretendido mal. Siglo XXI, 1971.
- (10) Cfr. Klrk y Raven: .Tire Presocratic Phlloscphera. Cambrldge, 1957,pág. 169.
- (11) Cfr. La Religion des primitifs. Paris, Payot, 1969, pág. 53